

UN SIGLO DE INVESTIGACION SOCIAL. ANTROPOLOGIA EN COLOMBIA

Jaime Arocha Rodríguez, Nina S. de Friedemann, Xochitl Herrera, Myriam Jimeno, Miguel LoboGuerrero, Néstor Miranda Ontaneda, Carlos Patiño Roseli, Roberto Pineda Camacho y Olga Restrepo. Editorial Etno, Bogotá.

La década de los años ochentas se inicia con movimientos significativos en los círculos antropológicos nacionales. Se suman libros, artículos periodísticos, seminarios y congresos con una buena cantidad de tesis que apuntan a dilucidar el papel desempeñado por la antropología en la vida colombiana.

Especial relevancia tienen para el resurgir de la disciplina, los congresos realizados en la Universidad del Cauca, Popayán, en 1978, y en la Universidad de Antioquia, Medellín, en 1980. En el primero se debatió calurosamente sobre la enseñanza antropológica y el ejercicio profesional. En el segundo se avanzó en los debates hasta acercar generaciones distanciadas por el tiempo, la política y hasta las convicciones profesionales.

El tercer congreso, realizado en la Universidad Nacional, Bogotá, en 1984, consolidó el reconocimiento de la generación universitaria de antropólogos, a las generaciones de la Escuela Normal Superior, el Instituto Etnológico Nacional y el Instituto Colombiano de Antropología.

Entramos, pues, en la vía de la reflexión histórica sobre el hacer antropológico. Esta historia se construye desagregando momentos y procesos. Primero, tenemos lo resultante del proceso formal e institucional, con antropólogos formados en el país que trabajan sobre el mismo. Segundo, contamos con la antropología hecha por extranjeros sobre Colombia. Tercero, están los estudios en que pueden verse ciertos hallazgos antropológicos, producto del trabajo de profesionales de otras disciplinas. Y cuarto, aparecen los trabajos que podrían llamarse preantropológicos, en cuanto anteceden a la consolidación de la disciplina tanto en el país como en el mundo, pero se convierten en la base sobre la cual se cimenta el saber y el discurso antropológico.

Examinando el panorama general de la literatura escrita hasta el presente, sobre la historia de la antropología colombiana, es evidente que aún sigue sin producirse una reflexión que supere los

niveles historiográfico y etnográfico. La *episteme* de este saber no ha alcanzado el nivel requerido para hablar —parafraseando a M. Marris— de “el desarrollo de la teoría antropológica” en Colombia.

Pero aumentan las aproximaciones; y en esta dirección cabe reconocer el papel vanguardista de Jaime Arocha y Nina S. de Friedemann, desde que abordaron con otros colegas la elaboración de la “Bibliografía Anotada y el Directorio de Antropólogos Colombianos”.

Es a propósito de “Un siglo de investigación social” de los mismos antropólogos (como editores), que conviene llamar a recoger frutos y a sembrar nuevas semillas para ver si obtenemos especies mejoradas. Este texto, en el que se agrupan once ensayos de factura distinta y alcances desiguales, es buena muestra de lo ingente de la tarea y de lo difícil de asumirla a corto plazo. La invitación a avanzar en el discernimiento de la historia de la antropología, e inclusive de la ciencia social en Colombia, es cuestión de nuestra competencia, para poder perfilar el futuro que le espera a la disciplina y los campos de aplicación factibles para los nuevos profesionales.

Hay temas de relevancia —se tocan tangencialmente en la obra que llaman a la reflexión: el peso de las teorías, los métodos y los temas propios de nuestra formación sociocultural. El alcance real de los resultados de esa producción científica para las ejecutorias propias del Estado, la empresa privada y los mismos grupos o comunidades donde —y con quienes— se realiza la investigación. El significado que tiene nuestra producción en el contexto científico internacional, etc.

En “Un siglo de investigación social” se abordan temas de diferente importancia para entender el desarrollo de la antropología. Hay intentos por sistematizar el proceso general vivido en un siglo (Arocha), o por puntualizar en una valiosa experiencia decimonónica, como la Comisión Corográfica (Olga Restrepo), o por pensar la conformación del estado capitalista y la articula-

ción del intelectual de las ciencias sociales con ese Estado o con las comunidades de base motivo de investigación (Myriam Jimeno).

Se acomete el problema del ejercicio actual de la antropología, y de los problemas políticos y éticos propios del período que vivimos (Arocha, Friedemann). Se reflexiona sobre temas puntuales, como la investigación sociomédica (Xochitl Herrera y Miguel Loboguerrero), la investigación lingüística amazónica (Carlos Patiño Roselli), las tesis de grado "marxistas" (Néstor Miranda O.).

Se ausculta el estado de cuentas en estudio de grupos humanos, como los indígenas (Pineda Camacho, Arocha y Friedemann), y como los negros (Friedemann).

En este conjunto de ensayos queda el vacío sobre temas relevantes: la investigación arqueológica, los estudios de grupos campesinos y urbanos desde la antropología (tan nuevos como los trabajos en antropología médica), la investigación sobre ritos, mitos y religiones. No se entiende cabalmente por qué rescatar tesis de grado con un marco teórico específico, dejando de lado otros acercamientos, y evadiendo una tarea quizá más positiva: medir el alcance de los trabajos de grado en general.

La información recogida para la mayoría de los ensayos se reduce al acontecer capitalino (Bogotá), dejando para alusión tangencial (incluidas las inexactitudes) los avances antropológicos regionales, como en el caso de Barranquilla, Cali, Popayán y Medellín.

La profundidad en el tratamiento de cada tema evidencia desbalances poco favorables a la unidad del libro. Es superficial el ensayo sobre las investigaciones sociomédicas. Poco se analiza allí el contenido de la producción reseñada hasta la fecha —amplia a juzgar por la bibliografía. Contrasta este resultado con el obtenido por los analistas de la literatura sobre indígenas e indigenismo, sobre negros y sobre lingüística amazónica. También contrasta con la sistematicidad y búsqueda teórica del ensayo de Myriam Jimeno. Viene al caso otro interrogante: ¿por qué no se diferencia la investigación social del siglo hecha por colombianos de la hecha por extranjeros? Ello, desde el punto de vista de la dilucidación del proceso vivido por nuestra formación académica, frente a la producción de quienes vienen de otras instituciones y escuelas. Es así como Patiño Rose-

lli hace un valioso inventario sobre lingüística amazónica, en la que más de las dos terceras partes de los estudios son de profesionales extranjeros. Y a propósito de esta subdisciplina, no queda claro por qué se deja de lado el trabajo etnolingüístico hecho sobre otras regiones del país.

En el libro se encuentra más de una versión sobre la historia reciente de la antropología, desde la llegada de Paul Rivet, a principios de los años cuarentas. Luce a repetición, que bien pudieron haber manejado los editores para no recargar de historiografía un período que sin duda es central para entender la historia de la disciplina, pero que al habría que introducirse analizando resultados más que enunciados generales o actores del proceso.

Entre 1940 y 1980 hay dos períodos definitivos para la institucionalización de la antropología en Colombia. La década de los cuarentas representa el nacimiento de la primera gran generación, todavía activa e incluso rectora del hacer profesional en diversas entidades.

Vienen luego generaciones muy cercanas, que se forman en los años sesentas y setentas. Primero en el I. C. A. N., y después en las universidades. Los autores del libro representan estas nuevas generaciones, y en sus escritos evidencian la conmoción propia de estar actuando y redactando la historia de la disciplina. Arocha, por ejemplo, intenta introducir la noción de "antropología del debate" para entender el acacer ideopolítico de los años setentas. Crítica a los representantes de una actitud profesional que se negó a la escritura, que centró su interés en la antropología oral (si se permite esta expresión), y en el anonimato de las ideas.

Los autores de "Un siglo de investigación social" representan una corriente que llama a superar la antropología del debate. Rescatan la escritura y la transformación de la acción (algunos también de la teoría) antropológica. Quizá hay un último aspecto sobre el que conviene volver auto-críticamente: tanto énfasis en las guerras que se libran en el frente, pueden enceguecer la mirada apacible y optimista del horizonte.

Queda poco claro el norte del libro en conjunto; pero el balance, inclusive por lo desigual es positivo, porque convoca a avanzar por nuevos derroteros.

Una gran enseñanza podemos extraer de este trabajo: es la hora de instaurar la cátedra de historia de la antropología en Colombia, tanto en las universidades, como en el Instituto Colombiano de Antropología —el Instituto de la investigación por excelencia. Podría ser la cátedra Gregorio

Hernández de Alba, el gran pionero. Esta cátedra debe hacerse epistemológica, decidiéndonos a esclarecer el sincretismo resultante de las herencias de origen étnico, teórico, metodológico, político y sentimental.

HERNAN HENAO

En la contraportada:

La exposición "Chile" perteneciente al Museo Sociedad de Arte Precolombino Nacional de Santiago de Chile, consta de 174 objetos de cerámica, piedra, plata y textiles correspondientes a las culturas Arica, Atacameña, Molle, Diaguita, Aconcagua, Mapuche e Isla de Pascua.

La muestra está organizada teniendo en cuenta las zonas geográficas de donde proviene cada cultura: Norte Grande, Norte Chico, Zona Central, Zona Sur e Isla de Pascua. Cronológicamente las piezas expuestas abarcan un período comprendido entre el año 500 A.C. y 1536, año de la conquista española, la cual pone fin al lento y largo proceso de evolución cultural de los pueblos prehispánicos de Chile. Solo algunos grupos como los Mapuches y los atacameños sobrevivieron.

Los objetos expuestos dan testimonio de los logros alcanzados por estos grupos que sentaron las bases de la cultura chilena. Algunos pueblos continuaron construyendo sus casas en el mismo estilo, cultivando las mismas tierras en forma de terrazas, pastoreando sus manadas de llamas y celebrando sus fiestas tradicionales junto con las cristianas.

Se destaca en esta muestra el conjunto de textiles de la cultura Arica hallados en tumbas, y que gracias a las condiciones del terreno se han conservado en muy buen estado a pesar de su antigüedad; los objetos relacionados con el "complejo de alucinógenos" de la Cultura Atacameña, la Cerámica Diaguita de excepcional belleza en su decoración, los adornos de plata de la mujer Mapuche elaborados después de la conquista, y un "moai", escultura de piedra, de la Isla de Pascua.